

# LA FRONTERA DE PIEDRA

JOSÉ ZOILO

# LA FRONTERA DE PIEDRA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: marzo de 2023

© José Zoilo Hernández, 2023  
© de la presente edición: Edhasa, 2023  
Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6414-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 5463-2023

Impreso en España

*A Esther y a Penélope, por su apoyo inquebrantable  
y sus sabios consejos.  
Y a Héctor, mi pequeño escritor en ciernes.*

«Los hunos se han lanzado sobre los alanos, los alanos sobre los godos y los godos sobre los taifalos y los sármatas; los godos, expulsados de su tierra, se han lanzado sobre nuestra frontera, y no se atisba el final».

Ambrosio, obispo de Milán (340-397)

## DRAMATIS PERSONAE

Marcados con \* los personajes históricos

### MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE PIEDRA

#### ENTRE LOS ALANOS:

Safrax\*: nieto de mayor edad del caudillo Beuca, hijo de Respendial.

Goar: nieto menor de Beuca.

Amage: esposa de Beuca.

Beuca: jefe tribal.

Aleda: nieta de Beuca y de Amage.

Caina: nieta de Beuca y de Amage.

Akkal: uno de los guerreros más veteranos del poblado de Beuca.

Attax: jefe tribal.

Fariban: compañero de Goar.

Malvar: compañero de Goar.

Palaco: compañero de Goar.

Tasio: compañero de juventud de Safrax.

#### ENTRE LOS GODOS:

Alarico\*: hijo menor de Gundebaldo.

Alateo\*: señor de la guerra greutungo que sobrevive a la derrota de los suyos frente a los hunos.

Alavivo\*: caudillo tervingio que encabeza a su pueblo hacia las tierras de Roma.

Ataúlfo\*: hijo de Alateo.

Baddo: goda tervingia, joven hija de Gundebaldo.

Fritigerno\*: caudillo tervingio que encabeza a su pueblo hacia las tierras de Roma.

Gundebaldo: noble tervingio de la familia de los baltos.

Gosvinta: hija menor de Gundebaldo.

Hilduara: joven esposa de Hildibaldo, hijo ilegítimo del rey greutungo Vitimero.

Teudiselo: hijo de Gundebaldo.

Tulga: hijo de Hilduara y de su esposo Hildibaldo.

#### ENTRE LOS HUNOS:

Bleda: hechicero huno al servicio del rey Balamir.

Uldin\*: príncipe huno, hijo de Balamir (o Balamber).

#### EN TIERRAS DEL IMPERIO ROMANO

Amiano Marcelino\*: militar romano retirado que se dedica a escribir sus memorias en la ciudad de Antioquía.

Bacurio\*: príncipe de origen íbero que lucha para el Imperio.

Cayo Nepociano: tribuno de la legión I Adiutrix, acantonada en la ciudad de Brigetio.

Fara: esclava de origen vándalo que sirve en el campamento militar de Brigetio.

Flavio Constancio\*: militar de origen vándalo que, casado con una patricia romana, alcanza la dignidad de tribuno de la Scholae Palatina del emperador Valente; padre de Flavio Estilicón.

Flavio Estilicón\*: joven hijo de Flavio Constancio.

Marcial: centenario de la legión I Adiutrix.

Respendial/Pablo: jefe de la escolta de guerreros alanos del general Víctor.

Tito Valerio Flaco: prefecto de la legión I Adiutrix.

Torcuato: comerciante establecido en la ciudad de Vindobona.

Valente\*: emperador.

Valentiniano\*: emperador.

Víctor\*: general de caballería del ejército romano de origen sármata.



# LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

Muro de carromatos en una colina



Godos + Hunos

Infantería goda (Fritigerno)

Infantería romana

Safrax y Alateo



Bacurio

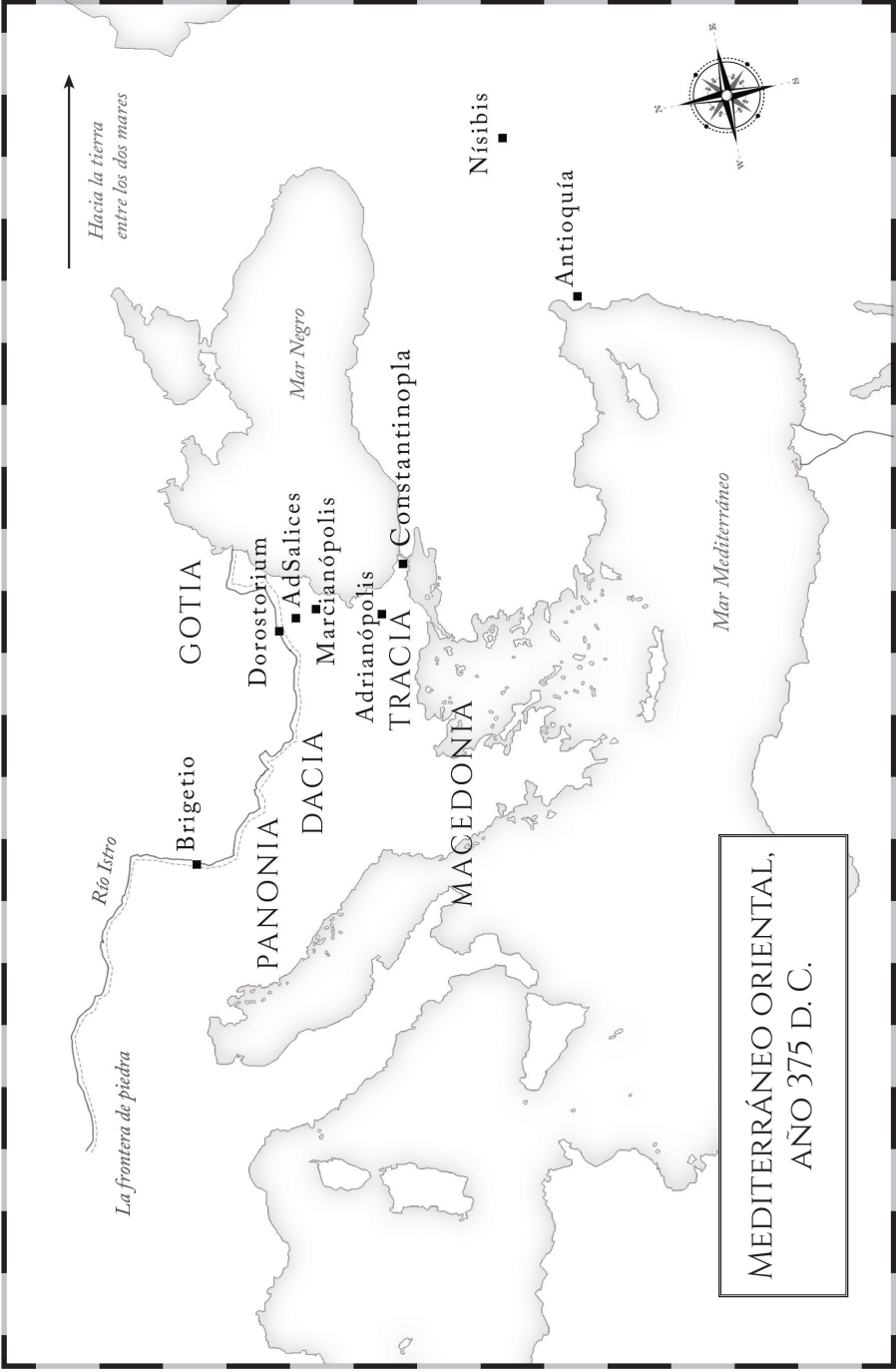
Godos

Víctor

Valente (Protectores)

Caballerías  
Infanterías





MEDITERRÁNEO ORIENTAL,  
AÑO 375 D. C.

## PRÓLOGO

*Año 363. Frontera persa*

Quienes se encontraban ese día en Nísibis creyeron tener frente a sus ojos a un ejército de fantasmas, de muertos vivientes, de hombres que, a esas alturas, ya no lo eran. Heridos, macilentos, descarnados, sus miradas reflejaban el horror. En nada recordaban a aquellos que, confiados en sus armas y en su invencible general, habían cruzado por aquel mismo lugar hacia tierras persas meses atrás.

Víctor se alejó de la comitiva imperial para adentrarse en un bosque de tiendas, de lamentos y de heridos. Muchos de los hombres le rehuían la mirada, avergonzados por el fracaso, aunque nada hubieran podido hacer.

Pronto dejó atrás a los legionarios. En las posiciones más alejadas de la muralla, se congregaban los guerreros que habían acudido desde más allá de las fronteras del Imperio: iberos, alanos, sármatas, como él mismo, e incluso algunos de tribus desconocidas.

Apenas se veía montura alguna; los caballos que no habían caído durante los combates habían sido sacrificados en el trayecto para mitigar el hambre atroz de sus jinetes, pese a la negativa de alanos y sármatas de acabar con las vidas de sus fieles compañeros de batalla, sagrados para ellos, más valiosos que muchos hombres. Sin embargo, hasta los más reticentes cedieron al final. Supervivencia o muerte.

Pocos le devolvieron la mirada también allí. El malestar era palpable. Se habían sumado a aquella marcha con la espe-

ranza de hacerse con las riquezas de Persia; ansiaban victorias, oro y plata, pero sólo habían obtenido sufrimiento y pesar. Volverían a sus hogares derrotados y más pobres que como habían llegado a tierras de Roma. Y aquélla era la mayor vergüenza a la que sármatas y alanos podían enfrentarse.

En un extremo se hallaban los escasos carrmatos que habían sobrevivido a la campaña. Allí se hacinaban los heridos. Sólo en el primero, colocados de cualquier manera, había docenas de ellos. En sus rostros lívidos se reflejaba la caricia de la muerte; la sangre se filtraba entre los maderos, dejando un siniestro rastro allí por donde el carro había pasado. El hedor era intenso. Sobreponiéndose a las arcadas, Víctor recorrió el espacio con la mirada, pero no halló rastro del alano.

Pasó por un carrmato tras otro hasta dar con él: Respendial, cuyo cabello era de un rubio tan claro que recordaba a la nieve que coronaba las más altas montañas. Poco más sabía sobre él: su nombre, su origen, y que le debía la vida. A su señal, los soldados que lo acompañaban sortearon a los heridos para llegar hasta él. El sármata miró a su alrededor con pena; la mayoría de aquellos hombres estaban condenados, pues sus heridas apenas habían podido ser atendidas durante la larga y penosa marcha, y la gangrena pronto se extendería por sus cuerpos.

Pero el general era un hombre agradecido, y no podía dejar que la vida de aquel que salvara la suya se apagara sin otorgarle al menos una oportunidad. Conocía a uno de los mejores físicos de la ciudad, y pondría al alano en sus manos. Era todo cuanto podía hacer.

\* \* \*

Una semana después, la mayor parte de aquellos que no pertenecían a las unidades regulares del ejército imperial abandonaron Nísibis. Regresaban a sus tierras, tal como Víctor había

predicho. Pero antes algunos alanos acudieron a despedirse del que había sido su compañero. Lo hicieron como quien honra con su último adiós a un cadáver; mientras, en la puerta de la habitación, el físico alertaba a Víctor de que nada más podía hacer por él.

Sólo cuando los alanos se marcharon, el general se acercó al lecho donde descansaba Respendial. Se sentó frente a él y dejó vagar sus pensamientos hasta el lejano pasado, cuando él mismo vivía más allá del *limes*. Había transcurrido casi una veintena de años desde que abandonara la tierra que lo vio nacer, y el recuerdo le pareció extrañamente ajeno a lo que en ese momento era su existencia. Él había sido un extranjero, como Respendial, pero ya hacía tiempo que se sentía romano. Había crecido a la sombra de Roma, había sangrado por ella y también le debía todo lo que tenía y todo lo que era.

El pecho del alano se estremeció en un estertor. Víctor suspiró y comenzó a elevar una plegaria a su dios; no a aquellos en los que había creído cuando vivía más allá del gran río, de los que casi nada recordaba, sino a aquel que lo había acogido en el corazón del Imperio. Como tantos otros, se había convertido en un ferviente seguidor de Jesucristo, y no lo había ocultado ni siquiera en tiempos del difunto Juliano, cuando todo aquel que mostrara simpatía por los cristianos era susceptible de incurrir en la ira del emperador.

Se llevó la mano al pecho y aferró la cruz de plata adornada con nácar que siempre llevaba consigo. Estaba fría al tacto. Entonces abrió los ojos y miró al alano. Aquel hombre debía de adorar a los mismos dioses que habían sido los suyos tiempo atrás; habría depositado su fe en la espada enterrada en la tierra, en la poderosa musculatura de un caballo, en el viento, en el sol y en la luna; en todo lo que quienes habitaban el mundo de los vivos podían ver con sus propios ojos y que daba sentido a su existencia. Algo muy distinto a aquello en lo que él mismo creía, sin necesidad de haber presenciado milagro alguno.

Aún acariciando el crucifijo, se puso en pie. En un impulso, se acercó hasta el moribundo y buscó su mano entre las sábanas empapadas. La carne estaba tan fría como la propia plata. Separó los dedos inertes y volvió a cerrarlos sobre la cruz. Ningún mal podría hacerle en esa hora postrera y tal vez le diera consuelo en el último momento, y, si así lo quería Dios, hallaría la vida eterna y disfrutaría de su gloria.

Adecentó lo mejor que supo el cabello blanquecino de Respencial, fijándose en el contorno de la cabeza, tan poco habitual a ese lado del gran río: ligeramente alargada, orgullo de los señores de la estepa. Víctor apretó los párpados con fuerza, intentando recordar cómo había sido él mismo mucho tiempo atrás, cuando vivía lejos de Roma. Sin embargo, las imágenes que conseguía evocar eran escasas: sólo aquella extensa llanura en la que se reflejaba como en ningún otro lado la dureza de las estaciones; la nieve, el calor y la lluvia inclemente, de la que no había otra forma de guarecerse que dentro de las tiendas de piel, y los caballos, siempre los caballos. Ése era el recuerdo más vívido, quizá porque tampoco en Roma se había separado de los nobles animales.

Sacudió la cabeza con la intención de alejar aquellos pensamientos y fijó la vista en el crucifijo. El fulgor de la plata, avivado por los tonos iridiscentes que aportaba el nácar, destacaba en la sobriedad de la pestilente habitación. Lo dejaría allí y regresaría a por él una vez el alma del alano hubiera partido hacia donde fuera que lo hiciera. Dios, el único digno de tal nombre, era testigo de que había tratado de saldar su deuda.

# LIBRO I

*Años 374-378*

## CAPÍTULO I

*Mes de julio del 374. En algún lugar de la estepa*

Tras una primavera más fresca de lo habitual, el estío había llegado al mar de hierba, y el sol lucía implacable en el cielo.

Aun así, los riachuelos seguían transportando agua en su camino hacia el mar. Agua fresca y clara con la que abrevar a las muchas monturas que la pequeña tribu poseía. Cada hombre en edad de combatir contaba con, al menos, cuatro, lo que daba como resultado que en cualquier mísero campamento hubiera que preocuparse por mantener a más de un centenar de equinos.

Pero en ese momento apenas había una docena en el cercado junto a las chozas: los potros, los más viejos y los más débiles. Igualmente sólo permanecían en el lugar los hombres más jóvenes, como Safrax, o los ancianos, como Zandipo. El resto, los más capaces para el combate, había partido hacia naciente semanas antes junto con el mayor de los tesoros que poseían aquellas gentes: sus monturas de batalla.

Algo fuera de lo normal había movido a aquellos guerreros, a los alanos de Beuca, a dejar atrás a los suyos y avanzar hacia oriente tras tanto tiempo desplazándose siempre hacia el oeste.

Había surgido de nuevo aquella amenaza que habían creído olvidada. Al principio habían sido meros rumores, pero durante las últimas lunas los rostros de preocupación cuando alguien llegaba al poblado desde el este eran cada vez más evidentes.



Las noticias corrían como el viento, incluso hasta los asentamientos más alejados: alanos, sármatas, y también entre los godos que se habían instalado junto al gran mar, que aseguraban que algunos ya habían tenido que hacer frente a aquella horda vociferante que llegaba lenta, pero inexorable, desde Oriente; como la noche oscura extendiendo su manto, apagando las estrellas que iluminaban todo el mundo conocido.

Hasta el pequeño Goar lo había comprendido. A sus apenas once años, los días en el asentamiento se sucedían sin mayor interés desde que los guerreros se habían marchado. Junto a otros niños, atendía desde el amanecer a los pocos caballos que pacían en los alrededores y ayudaba a las mujeres a ordeñar a los animales que los acompañaban en su continuo vagar. Después, observaba cómo ellas despiezaban la carne de las bestias sacrificadas, y luego, con las últimas luces del día, practicaba con un pequeño arco de caza hasta el anochecer. Una jornada igual a la otra, siempre esperando noticias desde el este. Noticias que se hacían de rogar, para desesperación de todos.

Pero ese día, terminados sus quehaceres, pensó que hacía demasiado calor para entregarse a su pasatiempo favorito, al menos cuando no podía montar a caballo; así que dejó el arco a un lado y decidió buscar acomodo a la sombra de los altos árboles del bosquecillo que flanqueaba la aldea, allí donde Zandipo, el viejo santón, solía reunir a los muchachos de menor edad para narrarles historias y evitar así que la memoria de los suyos se diluyera en el olvido.

Goar sentía la camisola empapada en sudor, así que se la quitó y la dejó caer sin cuidado sobre la hierba amarillenta. Con una mirada de disculpa a Zandipo, que había hecho una pausa y lo escrutaba con el ceño fruncido, molesto por la interrupción, se sentó a escuchar. El anciano meneó la cabeza y siguió desgranando su historia con una voz que resultaba extrañamente musical pese a provenir de aquella garganta arrugada, de aquellos labios finos casi ocultos tras la frondosa barba gris.

Amage, su abuela, le decía siempre que la dulzura de su voz era lo que permitía a Zandipo comunicarse con las aves del cielo, de tal manera que éstas le revelaban si durante las jornadas siguientes la lluvia azotaría la hierba o brillaría el sol. También los animales del bosque compartían sus secretos con él, e incluso las propias entrañas de la tierra o las tranquilas aguas de los lagos susurraban verdades a su oído.

Goar pensaba que la mayoría de aquellas historias no eran más que leyendas, pero aceptaba a su vez que representaban la conexión de la tribu con un pasado que parecía cada vez más lejano.

Los más pequeños idolatraban al santón, al menos hasta que la infancia daba paso a una incipiente madurez; entonces, la ambición de ser aceptados como hombres los llevaba a ignorarlo, e incluso a reírse abiertamente de sus excentricidades, que no dudaban en calificar como manías. No en vano, eran muchos los que aseguraban que Zandipo, por sabio que hubiera sido en el pasado, había terminado por perder la cabeza. Sin embargo, Amage lo respetaba profundamente, y eso, además de la amabilidad del anciano, había calado en Goar, que lo buscaba con frecuencia.

La historia de ese día, como tantas veces antes, dibujaba ante los ojos asombrados de los pequeños la extensión infinita de hierba situada entre los dos mares, el antiguo hogar de los alanos. Zandipo hablaba de cuando él era un crío, provocando un bufido incrédulo entre los que eran incapaces de imaginarlo sin todas aquellas arrugas surcando su piel de pergamino. Tantos y tantos años atrás, para sorpresa de los mayores, el clima pareció volverse progresivamente más frío y lluvioso, como si el invierno hubiera decidido extender su dominio durante más lunas cada vez. Pronto, sólo la primavera pareció capaz de enfrentarse a él, sin dejar lugar para el verano o el otoño. Los animales habían comenzado a enfermar, tanto los que les proporcionaban pieles y alimento, como sus amados caballos, incapaces de encontrar

sustento en unas praderas cubiertas casi permanentemente de escarcha.

A partir de entonces, no habían tenido más remedio que comenzar un largo viaje que parecía no tener fin. La voz de Zandipo, melancólica hasta el momento, se tornó lúgubre. Unos jinetes fantasmagóricos se extendieron como una sombra a sus espaldas, ennegreciendo todo cuanto ellos iban dejando atrás, emponzoñándolo de forma irreversible. Aquellos seres, mitad humanos mitad demonios, más parecieran espíritus asesinos, jinetes de otro mundo que comían y dormían sobre sus monturas e incluso amaban sobre ellas. Figuras sin alma capaces de los crímenes más atroces, que atravesaban la gran llanura marchitando a su paso la hierba que pisaban.

Desde que aquellos seres habían aparecido, sármatas y alanos se habían visto obligados a abandonar sus tierras ancestrales, desplazándose siempre hacia el oeste, dejando atrás todo cuanto habían poseído. No sólo sus enseres, sino también a sus muertos, las esperanzas y los sueños. Quienes se habían negado a hacerlo habían sido arrasados u obligados a seguir a los recién llegados sujetos por pesadas cadenas.

Los más pequeños, atemorizados, mantenían los ojos fijos en Zandipo. Éste, al percatarse, hizo una pausa y se esforzó en suavizar el semblante. En su juventud, Zandipo nunca había temido a los hunos; al contrario, había aguardado con ansia cada enfrentamiento, sabiendo que la muerte en batalla era el único destino deseado por un alano. Había medido su pericia con el arco y su habilidad con la espada con decenas de enemigos, y siempre había salido victorioso. Sin embargo, la visión de los hechiceros que acompañaban a la horda todavía le provocaba escalofríos y alimentaba sus pesadillas más oscuras. Hombres impíos, desprovistos de alma, que sacrificaban bestias y cautivos sin distinción para honrar a sus terribles dioses, que se ensañaban aplicando tormento y que extrañan las vísceras de los cuerpos aún calientes para predecir el futuro.

Por las noches, Zandipo sentía las cuerdas mordiendo la carne de sus muñecas, la piedra del altar ritual fría contra la espalda desnuda, el extraño brillo que rodeaba al cuchillo pétreo al abatirse sobre su pecho. Y lo consumía la impotencia de saberse totalmente a merced de aquellos demonios, convertido en una mera ofrenda en su sangrienta ceremonia. Una muerte aún peor que la que el destino parecía haberle reservado al fin, lejos del hogar, consumido por el tiempo, como un caballo viejo que se postra en el suelo, cansado de llevar a su dueño a la batalla.

—Son sólo hombres, Zandipo, como tú, como yo o como mi abuelo Beuca. Si los hieres, sangran, y, si sangran lo suficiente, mueren.

La voz firme de Goar interrumpió los pensamientos del santón, que se giró hacia el muchacho. Pensó que los suyos todavía no habían sido doblegados del todo; no, al menos, mientras jóvenes como Goar o su primo Safrax estuvieran allí.

—No dirías eso si los vieras llorar.

No se debía subestimar a esos demonios. Él mismo, como otros, lo había hecho cuando aparecieron por primera vez en la pradera, y aquello había tenido unas consecuencias catastróficas.

—¿Llorar? —gruñó el chico—. Nadie que llora da miedo; sólo inspira vergüenza o lástima.

—Es que su llanto no es como el de los demás. Cuando muere uno de sus jefes, los guerreros afilan los cuchillos y se hacen cortes en las mejillas para derramar así lágrimas de sangre por su señor.

Los más pequeños se removieron, incómodos. Algunos incluso decidieron que habían tenido suficiente y abandonaron el corrillo rumbo al arroyo cercano, buscando refrescarse un poco y, quizá, encontrarse allí con sus madres, quienes aliviarían la desazón de sus corazones.

Pero Goar no se inmutó. Aún no podía acompañar a sus mayores a la batalla, pero ya no era un niño pequeño. Hacía

un año que habían comenzado a instruirlo en el uso del arco, y unos pocos más como jinete. Sostuvo la mirada del anciano, que continuó hablando con parsimonia. Más allá de los adornos con que Zandipo aderezara sus historias, entre sus palabras asomaba la verdad. Aquélla era la historia reciente de su pueblo: el avance de los hunos sobre sármatas y alanos, siempre obligados a retroceder. Y ahora, sin embargo, quizá todo cambiaría. Porque, tras haber recorrido enormes distancias, comenzaba a ser difícil desplazarse más allá.

Poco después del nacimiento de Goar, se habían establecido muy cerca de lo que conocían como «la frontera de piedra», justo tras las montañas que proyectaban su sombra sobre las llanuras al atardecer. Más allá corría un río de cauce demasiado ancho para sortearlo, protegido por fortalezas, ciudades y torres tanto en su extremo meridional como en el septentrional. Si ya la corriente era de por sí una barrera casi insalvable, derrotar a los miles de guerreros que se parapetaban en la frontera suponía una hazaña impracticable.

Aquel lugar suponía un atrayente para los jóvenes alanos, sármatas y godos. Incluso el tío de Goar, Respendial, había atendido a la llamada de la ambición, pues quienes regresaban de allí lo hacían cargados de riquezas, bien recibidas por sus servicios, bien gracias a los saqueos propios de la guerra. El brillo del oro en las manos y el destello de orgullo en los ojos al narrar las maravillas de las que habían sido testigos animaban a otros a emprender el peligroso camino hacia el sur. Primero habían sido los más jóvenes, ansiosos por encontrar nuevas oportunidades; luego, algunos caudillos comenzaron a entender que, si enviaban a sus huestes, podían recibir a cambio una buena suma de oro, además de todo tipo de útiles y abalorios imposibles de conseguir al otro lado de las montañas.

Otros, sin embargo, habían decidido amenazar a aquellos pueblos aliados de los romanos situados más cerca de la frontera de piedra: carpos, dacios o taifalos, y les exigían tributos en compensación por dejarlos en paz. Después de las

inevitables escaramuzas, que terminaban con unas cuantas aldeas saqueadas e incendiadas, Roma solía acceder a pagar a cambio de que permanecieran alejados, avivando la codicia de quienes lo recibían y despertando la de otros.

Mas todo esto no resultaba fácil de comprender para Goar, que sólo deseaba llegar a la edad suficiente para emular a su abuelo en la batalla. Así que el muchacho se limitaba a enarcar las cejas cuando Zandipo afirmaba que ellos mismos eran tan responsables de la desintegración de su pueblo como la amenaza hunna. Levantando el índice al cielo, peroraba sobre la degradación moral, la avaricia de unos jóvenes que pronto sólo querrían vivir entre las riquezas y lujos vanos que ofrecía el otro lado de la frontera, olvidando a cambio a sus dioses y renunciando a sus raíces. La verde tierra entre los dos mares se convertiría apenas en una leyenda, en un recuerdo difuso en el corazón de quienes la habían conocido. Para el resto, el mañana oscilaría solamente entre la promesas de las riquezas de Roma, al oeste, y la oscura amenaza hunna, que avanzaba inexorable desde el este.

Cuando la voz del anciano murió en la brisa de la tarde, tan sólo Goar permanecía sentado frente a él.

—Ahora que sé cómo lloran los hunos, creo que en el futuro haré lo posible por provocar su llanto —anunció el muchacho.

Zandipo esbozó una sonrisa. Apreciaba a Goar. Aunque impetuoso, hacía gala de un gran corazón. Le recordaba, en parte, a Beuca, pero también a Amage. Tenía lo mejor de cada uno. Observó que el chico volvía a enfundarse la camisola, arrugando la nariz al notarla húmeda todavía, y bebía con ansia del odre que descansaba a sus pies, sin importarle que el sol hubiera caldeado el líquido.

—Estoy seguro de que lo conseguirás, muchacho. Sé que lo conseguirás —afirmó, ensanchando la sonrisa.

Goar asintió y se despidió con un gesto de la mano. Apenas había recorrido unos pocos pasos, cuando escuchó el soni-

do dulce de la flauta de aliso del santón a su espalda. Echó por un momento la vista atrás y luego continuó rumbo al arroyo, pensando en todos aquellos árboles que Zandipo había conocido en su infancia y que probablemente él nunca llegaría a ver después de varias generaciones de marcha hacia el oeste.

Envuelto en aquellas historias que aludían al pasado, no se había atrevido a preguntar sobre el presente. Nadie les había explicado por qué los hombres habían partido hacia el este días antes, dejando al poblado prácticamente desprotegido; y tampoco nadie se había molestado en ocultar la preocupación que se reflejaba en sus rostros. Goar podía ser aún muy joven, pero no era ningún estúpido: algo no marchaba como debería.

Apretó el paso, animado por la reconfortante visión del agua cristalina a lo lejos. La corriente descendía desde algún lugar allende las montañas que los separaban de las tierras de Roma, y desde el invierno anterior, cuando se habían instalado allí, el caudal apenas había menguado, por lo que debía manar de un rincón muy elevado de la inalcanzable cordillera.

Cuando llegó, se encontró con una multitud de niños y mujeres que se habían aprestado a acercarse al arroyo para buscar alivio ante el sofocante calor. Sin detenerse a pensar, apretó el paso hasta convertirlo en carrera, al tiempo que se quitaba de nuevo la camisola. Dando voces de advertencia a las muchachas para que se apartaran de su camino, se lanzó de un salto al agua.

Pero no todas reaccionaron con prontitud, y fueron salpicadas sin compasión. Al momento, igual que Goar las había cubierto de agua, ellas lo hicieron de insultos e improperios. Las protestas arreciaron sobre él, y así su travesura le pareció aún más divertida; una de las chicas, irritada, pasó de las palabras a la acción y se acercó dispuesta a hundirle la cabeza bajo el agua. Goar aguardó con el cuerpo en tensión, listo para burlarla con una finta, pero ella fue más rápida y logró sujetarlo del brazo. Las cosas podrían haberse puesto feas para el

muchacho de no haber sido por la llegada de Safrax. Al instante, todas aquellas jovencitas olvidaron su enfado y exhibieron la mejor de sus sonrisas.

Safrax era un joven bien parecido dentro de los cánones alanos, con un cráneo ligeramente alargado bajo la frondosa cabellera rubia, que llevaba recogida con una simple cuerda. A sus dieciséis años recién cumplidos, estaba muy cerca de que Beuca y los demás guerreros comenzaran a considerarlo un hombre, aunque no le habían permitido que los acompañara esos días. Alto, grácil y bien proporcionado, era un soberbio jinete. Dispuesto a meterse en el agua, se había desprendido de las botas y de la camisa de lana, y únicamente vestía los calzones de cuero de montar.

La mano de la muchacha que sostenía del brazo a Goar perdió fuerza de repente, y el chico consiguió desembarazarse de ella; trepó con agilidad por las rocas para alejarse del agua, situándose junto a su inesperado salvador, que lo miró enarcando una ceja. Luego lo señaló con gesto admonitorio.

–Goar, pequeño rufián maleducado, ¡no puedes ir por ahí molestando a todo el mundo! Discúlpate ahora mismo –exigió. Aunque su tono era firme, incluso cortante, en cuanto se volvió hacia su primo y su rostro quedó oculto para los demás, una sonrisa cómplice le asomó en los labios.

–Di a tu primo que vaya a jugar a otro lado, que nosotras no estamos para soportar a los críos –dijo una de las chicas con un mohín, los ojos fijos en los iris azulados de Safrax.

Goar pensó que había visto mirlos hambrientos observar con menor atención una sabrosa ciruela.

–Lo siento –masculló entre dientes.

Safrax lo tomó del cuello e hizo el gesto de alejarlo de allí a empellones. Caminaron en silencio entre los cuchicheos de las mujeres, que criticaban la actitud infantil del menor de los nietos de Beuca, a la vez que reconocían la oportuna y madura intervención de Safrax. Se alejaron corriente arriba sin dirigirse la palabra, paralelos al río, allí por donde aquél apro-



vechaba la pendiente para ganar velocidad. Sólo cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Safrax acompañó sus palabras de un guiño y una sonrisa:

–Esas antipáticas no saben divertirse –dijo, y se tendió sobre una roca plana, caliente tras haber recibido durante horas la caricia de los rayos del sol.

Goar rio a su vez. Miró hacia abajo y, aunque era imposible que desde esa distancia repararan en su gesto, o tal vez precisamente por eso, dedicó a quienes se refrescaban la más espantosa mueca que se le ocurrió. Safrax le lanzó un punta-pié, divertido, indicándole que se sentara a su lado. Goar continuó un poco más con su travesura, pero, tras unos cuantos insultos que se llevó la brisa, terminó por hacerle caso. La superficie de la piedra estaba demasiado caliente, y se le escapó un reniego en cuanto sus nalgas se posaron sobre ella; sin embargo, calló al instante, pues su primo, en lugar de reírse, como imaginaba que haría, se había reclinado de repente y le hacía un gesto para que guardara silencio. Antes de que Goar fuera capaz de reaccionar, Safrax ya se encontraba en pie sobre la roca, oteando, nervioso, hacia donde hasta entonces descansaban buena parte de los suyos. Con los músculos tensos, su gesto mostraba inquietud, centrado en buscar algún signo de peligro en la distancia.

Goar estudió con detenimiento el rostro de su primo, tan diferente al suyo: si Safrax era de cabellos rubios extremadamente claros, los de Goar, en cambio, eran del color de la cebada madura; los ojos del primero eran azules, ligeramente rasgados, cuando los suyos eran del verde de las aceitunas. Pero nada de aquello importaba a Goar en comparación con lo diferentes que eran sus cabezas. En el caso de Safrax, siguiendo la costumbre para los alanos recién nacidos, sobre todo de noble cuna, le habían envuelto el cráneo en lienzos cuidadosamente colocados hasta conseguir aquella forma tan peculiar. Sin embargo, no habían hecho tal cosa con Goar, y su cabeza lucía igual que la de los extranjeros de tantos luga-

res que, de vez en cuando, se dejaban ver por sus tierras. Nadie había perdido el tiempo en moldear sus tiernos huesos cuando nació. Su madre había fallecido al poco de traerlo al mundo, y su padre, antes aún; o eso, al menos, era lo que le habían dicho. En tales circunstancias, nadie se había preocupado por él. El lugar de sus padres desaparecidos fue ocupado por sus abuelos, Beuca y Amage, pero el primero apenas le prestaba atención, siempre atareado, pues el futuro de las gentes con las que compartían camino dependía en buena parte de él. Así que durante la infancia sólo había contado con su adorada abuela.

El familiar temblor que avisaba a los oídos atentos de que se acercaban hombres a caballo pronto lo sacó de su ensimismamiento. Safrax no aguardó más: descendió a saltos entre las rocas hacia donde se hallaban las mujeres, con tal habilidad que más pareciera un carnero que un muchacho. En cuanto quedó a la vista, comenzó a hacerles señas para que se resguardaran en el cañón, pues allí estarían a cubierto y podrían huir por el desfiladero en caso de que fuera necesario. Pocos minutos después, la media docena de jóvenes que permanecían en el asentamiento llegaron hasta él corriendo y comenzaron a encordar los arcos con manos temblorosas.

Goar los observó desde la distancia, y al deseo de tener el cráneo elegantemente moldeado como la mayoría de aquellos muchachos se unió el de ser mayor y poder sujetar un arma de verdad, no sólo el simple arco de caza que había dejado en el campamento. El viejo Zandipo solía decir que el tacto de los arcos de madera y hueso era tan suave como el de la piel de una mujer, aunque Goar tenía mucho más interés en acariciar una de aquellas armas que en comprobar la verdad de sus palabras.

—Tasio, Freulis, a la colina —susurró Safrax, señalando el lugar en el que debían apostarse.

Tomó el arco que le ofrecía uno de sus compañeros y desanudó la cuerda con la que se recogía el cabello para en-

cordarlo con ella. Siempre era así: los arcos de alanos y sármatas permanecían sin cuerda hasta que debían ser utilizados, bien para cazar, bien para repartir la muerte entre sus enemigos, porque de lo contrario la presión constante de la estructura sobre la tripa o el tendón de animal podía provocar que ésta perdiera potencia en el momento deseado. Y sin potencia no hay flecha que atravesara la correosa musculatura de un jabalí ni la armadura de un jinete. Los ágiles dedos de Safrax anudaron enseguida uno de los extremos, e, inclinándose sobre la madera, flexible, enganchó la cuerda en la otra punta de hueso. Goar había visto cómo lo hacía una y otra vez: de forma mecánica, sin pensar, un gesto tan natural como respirar o colocar una pierna delante de la otra al caminar.

Sólo cuando el arco estuvo preparado, Safrax miró hacia atrás, y vio a su primo a medio camino entre él y las mujeres que comenzaban a resguardarse tras las rocas.

–Goar, ve con ellas –le indicó sin elevar la voz.

El pequeño lo escuchó, pero sus pies se negaron a obedecerlo; sintió que se enraizaban en el suelo, como si de un raquíctico arbusto se tratara, dejándolo allí, plantado, en aquella tierra de nadie.

–No –murmuró.

–Ve con las mujeres –repitió Safrax con gesto impaciente.

–Dame un arco. Sabes que puedo acertar a una liebre a medio centenar de pasos –se obstinó Goar.

Safrax sacudió la cabeza. Conocía de sobra las habilidades de su primo; no en vano, había sido él mismo quien le había enseñado a utilizar el arco, como también a montar a caballo, incluso antes de que su abuelo lo considerara adecuado. Pero en aquel momento no se trataba de un juego. Sus vidas podían estar en peligro. Y no había tiempo para discutir.

Alertado por el constante retumbar que resonaba en la distancia, Safrax se volvió de nuevo y enterró algunas flechas en el suelo. Tomó una con delicadeza, la colocó en el arco y llevó el brazo hacia atrás para comprobar la elasticidad de la

cuerda, fabricada con tendón de ciervo. Ésta llegó hasta su hombro sin esfuerzo aparente, aunque había que ser fuerte y hábil para conseguirlo. Pero Safrax llevaba casi seis años repitiendo aquella maniobra un día tras otro; cada jornada, lloviera, nevara o hiciera sol, montaba a caballo y disparaba el arco. Era algo natural, tan necesario como comer, beber o respirar. Era lo que le recordaba que estaba vivo, que era un hombre, que era un alano.

Ese mismo verano empezaría a ser considerado uno más de los guerreros de su abuelo. Sin embargo, a su primo pequeño le quedaba aún mucho tiempo para eso; sólo acababa de iniciar el exigente camino. El joven Goar tenía toda la vida por delante para demostrar que la sangre de Beuca corría por sus venas; siempre que no se la dejara allí, sobre las piedras de aquel camino.

–Corre, crío estúpido –musitó Safrax sin desviar la mirada del frente.

No había nadie por delante de él. Sería el primero al que vieran los jinetes que se acercaban al galope.

A su espalda, Goar temblaba. El sudor le corría por el cuello, pero afortunadamente el miedo no le había humedecido los calzones, como Zandipo aseguraba que solía suceder a los guerreros más jóvenes al entablar sus primeros combates. El miedo dominaba a los hombres, como la furia, como el valor. Los tres eran capaces de mantenerse con vida durante una lucha, y también de ser los culpables de la derrota. El valor desmedido puede llevar consigo una falsa sensación de invulnerabilidad que invita a la imprudencia; la furia nos empuja a actuar sin razón ni medida, y el miedo puede llegar a paralizar, aunque, en ocasiones, ayuda a escoger la dirección correcta. La clave era buscar el equilibrio. Aquello siempre había intrigado a Goar, que pensaba que la cobardía era el peor de los defectos, pero Zandipo trataba de inculcarles que, si uno no permite que lo domine, el miedo puede convertirse en una virtud, así que no debían desoír la voz de la prudencia cuan-

do tuvieran la fortuna de galopar sobre un corcel de batalla para enfrentarse a los enemigos de su pueblo.

Se agachó despacio, como si se moviera en medio de un sueño, y tomó del suelo una piedra grande e irregular. La sopeó en la mano, sudorosa pero firme, dispuesto a arrojarla hacia la primera amenaza que se concretara en el horizonte. «Estaré a la altura», se prometió.

Pronto las primeras cabalgaduras se hicieron visibles a unos cien pasos de donde estaban. Al momento, Safrax soltó el aire en un largo suspiro y relajó el brazo. Las robustas armaduras de metal de los jinetes relucían al sol del atardecer, y los caballos, tres veces más numerosos que los guerreros, hacían retumbar la tierra bajo sus cascos. Eran, a las claras, alanos. Por fortuna, pues el muchacho era consciente de que si hubieran sido enemigos nada hubieran podido hacer. No habrían podido defender a las mujeres y los niños, pero aun así tampoco hubieran eludido su responsabilidad con quienes compartían sangre y camino.

Enseguida las mujeres abandonaron sus escondrijos, y una multitud de niños comenzó a descender por las rocas. La tensión y el miedo dieron paso a una alegre algarabía.

Safrax, con un rápido movimiento, desanudó la cuerda e hizo que el arco girara entre sus dedos. A continuación, se acercó a Goar, que permanecía inmóvil a pocos pasos de él, y le propinó un buen coscorrón en la cabeza.

–Un día harás que te maten, Goar. No eres más que un crío, éste no era tu lugar.

–Todavía –replicó él, desafiante.

–Todavía –convino Safrax, entre exasperado y orgulloso.